



09 de noviembre de 2011

[Imprimir Página Web](#)

## **España-Marruecos: la difícil negociación**

*Domingo del Pino**ARI Nº 44-2002 - 4.9.2002*

A partir de septiembre, España y Marruecos deberán emprender la discusión de todos los problemas que les enfrentan, y que a mediados de mes habrán dado lugar ya a casi un año de virtual ruptura diplomática. A esa discusión les obliga el compromiso que ambos gobiernos contrajeron con el Secretario de Estado norteamericano, Colin Powell, cuando aceptaron su mediación para resolver el conflicto surgido en julio pasado por el Islote de Perejil. La insistencia de Marruecos en que la invitación al diálogo de Powell implica la inclusión de Ceuta y Melilla en la agenda a discutir, y la de España de que explícitamente excluyó en su momento ese tema de todo posible diálogo, anticipa la prolongación de la crisis diplomática, sea cual sea la fórmula que ambos países utilicen para dar la impresión de lo contrario. El problema está, sin embargo, planteado y la cuestión es saber si España debe, sin condiciones previas, por supuesto, encontrar una solución con Marruecos o si este conflicto debe seguir mediatizando las relaciones entre los dos países otros cien años.

Marruecos cree que ha llegado el momento de plantear abierta y decididamente la que considera última etapa de sus reivindicaciones territoriales contra España. El incidente de Perejil parece ser el primer movimiento en ese sentido, aunque el ministro marroquí Mohamed Benaissa lo haya negado. De hecho, Mohamed VI en su discurso de fines de agosto reivindicó el derecho de Marruecos a reclamar Ceuta y Melilla y poco después su Primer Ministro, Abderramán Yussufi, al hacer balance de su gestión ante el Parlamento, lo reiteró a la par que añadió una precisión importante y pretendidamente amistosa: Marruecos sólo lo intentará en el respeto de la legalidad internacional y del Tratado con España.

¿Por qué ahora? En lo circunstancial, porque España está en vías de solucionar su contencioso con el Reino Unido por Gibraltar sobre la base de la soberanía compartida. Aunque España no reconoce ningún paralelismo entre su reivindicación de Gibraltar y la marroquí de Ceuta y Melilla, la doctrina oficial de Marruecos es la establecida hace años por el rey Hassán II de que a cada avance del contencioso hispano-británico sobre Gibraltar, debe corresponder un avance similar del hispano-marroquí sobre Ceuta y Melilla.

Existen también otras explicaciones coyunturales. El pésimo estado de las relaciones entre los dos países desde hace dos o tres años debido a la ruptura por parte de Marruecos del acuerdo de pesca con España. La insistencia española en que el conflicto del Sahara sólo se considere solventado cuando todas las partes acepten una solución, lo cual la separa del apoyo franco-británico-norteamericano al proyecto de autonomía bajo soberanía marroquí del mediador James Baker. La insuficiencia que Madrid atribuye al esfuerzo marroquí por controlar el tráfico de pateras que salen de su territorio y que, al concentrarse ahora preferentemente en Canarias, terminarán enfrentando a España con la Unión Africana y, quizá, abriendo un nuevo e indeseado frente.

La prensa española en los últimos tres meses se ha referido, además, al supuesto deseo del régimen marroquí de abrir un problema exterior susceptible de desviar la atención de sus ciudadanos de los graves problemas internos del país.

A diferencia de la crisis desatada por el Sahara de octubre y noviembre de 1975, que sí acaparó toda la energía de los partidos políticos marroquíes y permitió la normalización de la vida política tras otro prolongado período de enfrentamiento entre la Monarquía y la oposición nacionalista, tal confrontación no existe actualmente en Marruecos. Por el contrario, una mayor libertad de prensa que en 1975 permite que los problemas internos, el integrismo violento, la corrupción, el paro, e incluso otros mucho más sensibles como la reforma constitucional y de usos y costumbres para limitar los excesivos poderes del rey, mantengan tanta actualidad como el conflicto que se está configurando con España.

Con frecuencia, la explicación más sencilla, la que subyace en toda reivindicación territorial marroquí contra España, es la que con mayor dificultad perciben los medios, los políticos y los diplomáticos españoles. Se trata de la antigüedad, la permanencia y el carácter recurrente de la reivindicación marroquí sobre Ceuta, Melilla y los islotes de la costa mediterránea.

Aunque la prolongación de la virtual ruptura entre Madrid y Rabat empiece a alarmar, conviene puntualizar, aunque no a título de consuelo, que antes y después de la independencia de Marruecos de 1956, Francia ha tenido muchos más periodos de desencuentro con Marruecos. Incluso, en dos ocasiones, ruptura de relaciones diplomáticas, una a iniciativa de Marruecos en 1956 durante casi un año, y otra en 1965 a iniciativa de Francia durante cuatro años. También las relaciones con sus vecinos africanos fueron malas y en lo que concierne a Argelia lo son aún, debido a la enorme reivindicación territorial inicial del nacionalismo marroquí.

Resumiendo, en cifras porque es asunto ya demasiado sabido, la extensión de Marruecos en el momento de su independencia, en 1956, era de 430.810 kms<sup>2</sup>; a partir de 1979, momento en que anexiona el Ued Dahab a la Sakiet el Hamra, que le había correspondido por los Acuerdos Tripartitos de Madrid, su extensión es de 724.730 kms<sup>2</sup>. Si hubiera logrado integrar a Mauritania, como reclamaba el nacionalismo, habría alcanzado 1,7 millones de kms<sup>2</sup> y si hubiera logrado satisfacer todas las reivindicaciones territoriales incluidas en el Gran Marruecos diseñado por Allal el Fassi, habrían sido 2,2 millones de kms<sup>2</sup>. Al integrar la totalidad del Sahara y después de extender a 200 millas su zona económica, Marruecos dispone hoy de una superficie marítima de 1.100.000 kms<sup>2</sup>.

### **Rabat y Washington, una relación consolidada**

El incidente veraniego del Islote de Perejil abrió una controversia, ésta afortunadamente semántica, sobre si la intervención del Secretario de Estado norteamericano fue una mediación o una "facilitación", un extraño término hallado por la diplomacia española. Sin saber qué fue exactamente, nos preguntamos luego si es que acaso, y ante la inhibición incomprensible de la Unión Europea, Estados Unidos despunta como árbitro de los conflictos entre España y Marruecos. Fuentes oficiales aseguraron categóricamente que no, pero a continuación y como si se pensase que podía ser de otra manera, la ministra de Asuntos Exteriores dijo que "Estados Unidos no va a poner en una balanza sus relaciones con España y con Marruecos".

Como a este respecto tampoco hay nada seguro, y dada la importancia que ha tenido Estados Unidos en la solución de la crisis y la que probablemente seguirá teniendo para evitar que dos países aliados suyos se enfrenten, conviene recordar brevemente la historia más reciente. Lo que con mayor claridad se desprende de ella es la constante y

permanente estrecha relación de Marruecos con Estados Unidos. Marruecos no sólo fue el primer país que en 1776 reconoció la independencia de las colonias americanas, sino que las primeras relaciones de EEUU con Marruecos, a finales del siglo XIX y principios del XX, se inscriben en un cierto contexto de simpatía mutua debido al enfrentamiento de ambos contra el colonialismo español en América (guerra de Cuba de 1898) y en Marruecos, contra el Acta de Algeciras de 1906 que abrió el camino al Protectorado de 1912. La guerra de Cuba le valió la presidencia a Teodoro Roosevelt en 1901 y el desproporcionado envío de Marines y seis destructores a Tánger para liberar al magnate norteamericano Ion Perdicaris, secuestrado en 1905 por el Raisuni, le ayudó a su reelección ese mismo año. Desde entonces, EEUU ha estado muy activo en una zona de influencia de la única potencia europea con la que se enfrentó en una guerra.

En 1944, tropas de EEUU desembarcaron en Safi y Casablanca en una acción concertada con sus aliados para derrotar a los alemanes en el Norte de África y, por las mismas fechas, el presidente Franklin Roosevelt prometió en Anfa (Casablanca) a Mohamed V apoyo al independentismo mogrebí y africano en general. Ello daría lugar a que el reformismo del partido Istiqlal se transformase ese mismo año en independentismo y a que Marruecos, con ese importante respaldo, creara y animara el Grupo de Casablanca que, en competencia con el Grupo de Monrovia, movilizaría a los países africanos por la independencia de las metrópolis.

Dos años después de la creación del Estado de Israel, el gobierno norteamericano obtuvo de Francia en diciembre de 1950 sus primeras cuatro bases militares en Marruecos (Nouasseur, Benguerir, Sidi Sliman, y Kenitra). Más tarde, con el beneplácito del rey Hassán II, logrará mantener alguna de ellas aún después de que Francia y España retiraran sus tropas de Marruecos en 1961. Los militares españoles en el Sahara detectaron en su momento una cierta ayuda material y militar norteamericana no oficial a Marruecos en la guerra de Ifni de 1958 y más bien moral y de inteligencia en la preparación y desarrollo de la Marcha Verde de 1975. Es verdad, no obstante, que en ninguno de esos dos casos la ayuda fue determinante, ni siquiera importante, para la resolución de esos dos conflictos.

Marruecos es hoy, probablemente, el único aliado árabe seguro de EEUU en lo que concierne al conflicto de Oriente Medio. Con él proyecta la construcción de una Zona de Libre Cambio que, sin duda, competirá con la prevista por la Unión Europea y que tiene más dificultades en arrancar, y con la cooperación de Marruecos también aspira a proyectarse en el África sahariana y subsahariana en los próximos años.

No obstante, España es hoy un firme y sólido aliado de Estados Unidos, ligado a la Nación americana no sólo por una visión compartida del mundo sino por convenios militares bilaterales y en el marco de la OTAN. Sin embargo, lo más seguro es que la postura de EEUU en la actual crisis entre España y Marruecos sea exactamente la proclamada por el Secretario de Estado Colin Powell al iniciar su mediación en el conflicto de Perejil, es decir que España y Marruecos son dos países amigos, y EEUU no desea verlos enfrentados.

### **Ceuta y Melilla**

¿Cómo podrán, Madrid y Rabat, evitar ese enfrentamiento? Parece indudable que la intención de Marruecos de considerar que ha llegado el momento de plantear en serio su reivindicación de Ceuta, Melilla y los islotes mediterráneos incluye todos los ingredientes para un enfrentamiento mayor. España se considera salvaguardada por la historia de esas ciudades, la antigüedad de su presencia en ellas, no los trescientos años a que se ha referido el ministro marroquí de Asuntos Exteriores, Mohamed Benaissa, sino más de un milenio en que su dominación se ha visto interrumpida en varias ocasiones pero nunca por ninguna entidad que llevase el nombre de Marruecos. Desde

que Marruecos surge en la historia como Imperio Jerifiano y después de la independencia de 1956 los tratados que ratifican y reconocen la españolidad de esas ciudades son incontables. Son hechos que nadie puede refutar.

Quizá por ello Marruecos nunca ha hecho el esfuerzo de razonar y exponer los fundamentos históricos, jurídicos y humanos de sus pretensiones. El verdadero y principal argumento marroquí ha sido y es la geografía, la continuidad territorial de los Estados que, ciertamente, interrumpen las dos ciudades españolas enclavadas en territorio marroquí y los islotes. Mientras que España puede sentirse confortable en el derecho internacional, que se ampara en los tratados, Marruecos ha preferido ese otro derecho de descolonización, en buena medida contradictorio con el derecho internacional porque se basa en el supuesto de que la mayor parte de los tratados respondieron a un equilibrio de fuerzas determinado y fueron injustos.

Los países miembros de la ONU, más de la mitad de ellos antiguas colonias de las potencias occidentales, perciben con más simpatía las reivindicaciones territoriales de los países anteriormente colonizados, aunque en el caso de Ceuta, Melilla y los islotes la colonización no

corresponda al patrón colonizador que se esboza en las conferencias de Madrid de 1880 y Berlín 1884/1885 y que lleva a cabo la Europa que resulta del Tratado de Versalles, sino más bien a la colonización de las ciudades griegas y fenicias de varios siglos antes de nuestra era.

Lo cierto es que en la historia de España, desde que en el Norte de África existe una entidad jurídica precursora del Marruecos independiente de 1956, es decir desde hace casi cuatrocientos años, existe una "cuestión de Marruecos" que ha incidido e incide negativamente en la política interior española. Ceuta y Melilla es, en lo territorial, el aspecto residual de esa "cuestión de Marruecos".

Resulta inconcebible que cuarenta años después de las independencias de las colonias africanas, Marruecos siga enfrentado con dos de sus vecinos por motivos territoriales, pero es así. Asimismo mantiene en tensión a la comunidad internacional desde hace 27 años por el Sahara occidental, un territorio que está camino de integrar jurídicamente con el beneplácito del Consejo de Seguridad. La fuerza de su presencia militar y colonial en el territorio y el agotamiento de todos ante su persistencia va a dar lugar, a diferencia de lo que ocurre en el resto del mundo, a que el régimen marroquí, como en los cuarenta años precedentes, cree riqueza fundamentalmente con la adquisición de nuevos territorios.

El ex ministro de Asuntos Exteriores Fernando Morán ya había señalado el anacronismo de unos islotes españoles a tiro de piedra de la costa marroquí. Abandonarlos no tendría ninguna repercusión económica ni militar para España. La importancia de conservarlos, como ha demostrado el incidente de Perejil, sólo estriba en el valor de precedente que tienen con respecto al resto del contencioso territorial que Marruecos plantea.

Pero nadie, ni siquiera aquellos españoles que ven con simpatía la reivindicación marroquí de Ceuta y Melilla, estaría probablemente dispuesto a aceptar que 200.000 españoles que viven en esas ciudades desde hace mil años, como demuestran los registros administrativos y parroquiales, tengan que hacer un día las maletas y abandonarlo todo sólo para contentar a Marruecos. Eso, que sí sería característico de una conquista medieval, no es de recibo en el siglo XXI. La experiencia de españoles, y franceses, en Marruecos después de la independencia de 1956 y la integración de Tánger, por otra parte, no permite confiar en que los bienes y propiedades, el modo de vida así como los derechos culturales de esas poblaciones serían respetados bajo la soberanía que Marruecos reivindica.

Marruecos, a su vez, presenta razones perfectamente defendibles. Es verdad que la dominación europea y española en sus costas mediterráneas le ha impedido históricamente tener la proyección y la influencia en el Mediterráneo a

que su posición geográfica le hace acreedor. Es también cierto que el régimen económico de Ceuta y Melilla perturba el desarrollo económico del Norte de Marruecos y su normal integración en la economía marroquí, aunque sea argumento recurrente de España señalar que gracias a ese régimen económico viven unas cien mil familias en las regiones marroquíes vecinas. Es también un hecho que esas realidades del derecho internacional que ha ido creando la ONU se acomodan mal con la existencia de dos ciudades extranjeras, a 500 kilómetros una de otra, enclavadas en el territorio de otro Estado independiente y por añadidura antigua colonia.

La cuestión es saber cómo se puede resolver de una manera civilizada y sin perjudicar a nadie un conflicto territorial que, en el peor de los casos, podría llevar a un anacrónico enfrentamiento armado a dos países que por todo lo demás necesitan cooperar. La politización de asuntos como el que tratamos, la preferencia de los Estados por vencer y no por lograr compromisos, el empeño que todos parecemos poner en que el choque de civilizaciones profetizado sea un hecho, dificulta, en el entorno internacional crispado del presente, la solución de éste y de cualquier otro conflicto.

Sería un paso de gran avance, un signo de madurez y de democracia, que cada parte reconociera a la otra los derechos y las razones que invoca y sobre los cuales no quepa ninguna duda. Los derechos históricos y los tratados que España esgrime no admiten, al menos de buena fe, ninguna tergiversación. Tampoco es posible negar, razonablemente, los argumentos de Marruecos antes citados.

Sólo ese reconocimiento mutuo garantizaría el derecho de los españoles que viven en Ceuta y Melilla a estar y vivir donde están y el de Marruecos a tener una personalidad mediterránea y autoridad en la organización económica y humana de la región.

El Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos es una fundación privada e independiente cuya tarea es servir de foro de análisis y discusión sobre la actualidad internacional, y muy particularmente sobre las relaciones internacionales de España. El Real Instituto Elcano no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los documentos firmados por sus analistas o colaboradores y difundidos en su página web o en cualquier otra publicación.

© *Fundación Real Instituto Elcano* 2011

Subir ▲